



Maria Susana Pataro (Miembro de FUUP)
Antropóloga y diplomática, Embajadora argentina
en la Republica Federal de Nigeria

Celebrando los cuarenta años del alunizaje. “¿Pero y el mono dónde está... ?”

Cuenta en sus Memorias el astronauta norteamericano **John Glenn** que, encontrándose a bordo del avión presidencial camino a Washington luego de su triunfal vuelo alrededor de la tierra, sube la Primera Dama de los Estados Unidos de América, Jacqueline **Kennedy**, tomando de la mano a su joven hija, **Caroline**. “Caroline, este es el astronauta que dio vuelta a la Tierra en una nave espacial. Es el Coronel Glenn!” Caroline lo miro, recorrió inquisitivamente con su vista el avión para volver a detener su mirada en Glenn y preguntar con desencanto: “Pero ¿y el mono dónde está...?”

La reacción de una niña que, seguramente recordaba la tapa de la revista **Life** con los rostros de dos pequeños chimpancés, **Ham** y **Enos**, vestidos de astronautas, ensalzados por sus entrenadores tras cumplir “exitosamente” proezas espaciales que ningún ser humano había intentado, parecía natural.

Tan natural como aceptar que el camino que condujo a la conquista del espacio solo fue posible con la contribución de seres que hoy muy pocos recuerdan pero que, con sus servicios y/o con sus vidas, hicieron posible esa hazaña. Cuando nada se sabía acerca de la forma en que el organismo humano podría reaccionar ante las condiciones de los vuelos espaciales, ellos ejecutaron acciones que ningún humano hubiera podido o querido llevar a cabo en condiciones similares.

Desde la década de los cuarenta Estados Unidos había utilizado monos en experiencias espaciales, como fue el caso de **Albert**, un *macaco rhesus*, que en 1948 voló a bordo de un cohete que alcanzo 63 km de altura y murió sofocado dentro del vuelo.

En 1957 la Unión Soviética conmovió al mundo con el lanzamiento espacial de **Laika**, una perrita de tres años de mirada increíblemente dulce, recogida de las calles de Moscú, a bordo del **Sputnik II**. Solo recientemente se supo que Laika había muerto pocas horas después de iniciado el vuelo como producto de una combinación de factores que resultaron fatales: el stress y el sobrecalentamiento de la nave.

Este episodio sirvió para acicatear la carrera espacial con Estados Unidos que aceleró su programa espacial y comenzó a utilizar cada vez más animales para investigaciones de vuelos espaciales: ratones, conejillos de indias y una gran variedad de monos. Pero, desde 1950 comenzó la utilización intensiva de chimpancés por su proximidad con el hombre. Esta experimentación conoció un momento culminante entre 1950 y 1960. Las pruebas a que se los sometía en condiciones extremas consistían esencialmente en testear los efectos de la fuerza de gravedad así como de las altas velocidades y otras condiciones de los vuelos espaciales.

No se conoce el número exacto de chimpancés utilizados porque se han destruido numerosas pruebas aunque si que la mayoría murió y otros sufrieron graves heridas. Solo dos llegaron a realizar vuelos espaciales.



Lanzamiento de la Nave Espacial MR-2 en misión sub-orbital desde Cabo Cañaveral llevando a bordo al chimpancé Ham el 31/1/61. ©NASA



El chimpancé Ham durante actividades de entrenamiento previas al vuelo Mercury-Redstone 2 realizado el 31/1/61. ©NASA Jonson Space Center

Un informe científico de la NASA dado a conocer en 1963, “Results of the Project Mercury Ballistic and Orbital Chimpanzee Flights”, describe en tono impersonal y de extremada crudeza los ensayos del “*Mercury Chimpanzee Program*” que marca la primera vez en que se combinaron técnicamente datos fisiológicos y del comportamiento para evaluar la eficiencia funcional del organismo en el espacio. Y la elección de chimpancés no fue casual, obedeció a su “semejanza psicológica con el hombre”.

Ham y *Enos* hacían parte de un grupo de chimpancés bebés que la Fuerza Aérea de los Estados Unidos había capturado en julio de 1959 en Camerún, África Occidental. No es improcedente imaginar que ello aconteció a expensas de la matanza de un gran número de adultos ya que el chimpancé es un ser social por naturaleza que defiende sus crías a ultranza.

Ham, fue el primer homínido en volar al espacio exterior. Como otros cinco compañeros había sido entrenado en el Centro de Medicina Espacial de Holloman donde fue ‘capacitado’ para mover algunas palancas en función de diversas luces activadas. Para ello recibía golosinas como premio cada vez que acertaba o descargas eléctricas como castigo cuando no cumplía adecuadamente su tarea.

El 31 de enero de 1961 *Ham*, con poco más de tres años y tras recibir 219 horas de riguroso entrenamiento durante 15 meses, “piloteo” una misión de prueba del proyecto Mercury cuyo objetivo era simular lo que sentiría el primer astronauta en su viaje suborbital. El vuelo de *Ham* fue el preludio del que cumplió el primer astronauta americano, *Alan Shephard*, cuatro meses después.

El despegue del Mercury se llevó a cabo con normalidad pero posteriormente sobrevino un problema en el regulador de la aceleración del cohete lo que produjo un exceso de velocidad que llevó a la cápsula a una altura muy superior a la esperada, y a un periodo de ingravidez de 7 minutos. Cuando *Ham* fue recuperado estaba deshidratado, exhausto, y había perdido más del 5% de su peso total por no haber ingerido líquidos ni alimentos durante 16 hs. Las fotografías del rescate quisieron ser presentadas como la expresión de una gran alegría por parte de *Ham* al tomar la manzana que se le ofrecía. Sin embargo, la primatóloga *Dra Jane Goodall* que ha estudiado durante más de 40 años el comportamiento de los chimpancés observo, con toda su autoridad, que la mueca de Ham reflejaba un terror que jamás había visto dibujado en el rostro de ningún otro chimpancé.



Ham recibe una manzana poco después de regresar de su vuelo suborbital. La mueca que se dibuja en su rostro – lejos de mostrar alegría – es un gesto que denota terror como observo la primatóloga Jane Goodall © NASA

El vuelo orbital de *Enos*, el 29 de noviembre de 1961, a bordo del Mercury Atlas precedió al vuelo del astronauta *John Glenn*. *Enos* era un chimpancé de poco más de cinco años, dotado de una inteligencia excepcional, que había sido sometido a 1263 horas de entrenamiento durante 16 meses de los cuales 343 hs en condiciones de extrema restricción en un laboratorio.

El vuelo de *Enos* terminó antes de lo previsto debido a un grave desperfecto técnico que provocó repetidos choques eléctricos. Su inteligencia le permitió sortear exitosamente la prueba ya que llevó a cabo sus tareas impecablemente a pesar de recibir descargas eléctricas cuando operaba correctamente los controles.

Después de su “momento de gloria” los dos jóvenes chimpancés conocieron un triste destino. *Ham*

fue retirado de la investigación en 1963 y transferido al Zoológico Nacional de Washington donde vivió solo – a pesar del carácter eminentemente social de los chimpancés – durante 17 años. En 1980 fue trasladado al Zoológico de Carolina del Norte donde murió tres años después a la edad de 26 años , lo que constituye la mitad de la esperanza de vida de un chimpancé en cautiverio.

Enos, por su parte, murió 11 meses después de su vuelo de una disentería.

Cuando hoy el mundo evoca los cuarenta años del día en que el hombre pisó la Luna por primera vez cabría reiterar la pregunta de Caroline Kennedy y pensar con humildad en la contribución de aquellos seres sin cuyas vidas, por cierto mutiladas, el hombre no habría llegado a donde lo hizo. También, claro está, en los límites éticos de la ciencia.

Maria Susana Pataro